



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año II

19 de mayo de 1888

Núm. 29



EL GATO PRUDENTE Y EL GATO TORPE

JUAN EL MONAGUILLO

JUANILLO no sería tan listo como sus compañeros de escuela para aprenderse de corrido las lecciones y plantear en la pizarra, con la tiza, una operación matemática, ni les aventajaría tampoco en ser puntual á la hora de entrada del colegio; pero lo que es á repicar las campanas no le ganaban á buen seguro ni sus compañeros ni el maestro mismo.

Era monaguillo. Semejante á un gorrión de iglesia, daba ágiles volteretas sobre los cepos de los instrumentos de bronce, y corría con gran peligro suyo por los aleros de la iglesia, y subía y bajaba la torre, igual que si corriera por las cercanas llanuras del pueblo.

En vez de irse con otros muchachos, llevando debajo del brazo los libros, á acomodarse en algún sitio donde, tomando el sol, pudiera aprenderse las lecciones; tomaba él solo la escalera arriba de la torre, y en la esplanada más alta, desde la cual se veían los campos teñidos de verde por las vides y los encinares que coronaban los perfiles y dientes de las montañas, tomaba asiento sobre las viejas tablas del suelo, y abría con el mejor propósito el libro para aprender su lección, viendo á un mismo tiempo las letras que los cuadros brillantes del paisaje.

Abría el libro con propósito de leer; pero, apenas lo abría, se fijaba, sin pensarlo, en el hilo de hormigas que subía como un rosario de puntos vivos por el muro; observaba los millares de átomos luminosos que formaban remolino en el rayo de sol que entraba por un hueco á caer sobre su cabeza; prestaba atención á los píos entrecortados de los gorriones, que agrupaban las pajas en su nido; y era, en fin, lo cierto, que, así como todos los mechinales de la iglesia se poblaban de aves ocupadas en procurar el mejor bienestar á sus hijos, la cabeza de Juanillo, acaso porque contenía demasiada imaginación, estaba también, como suele decirse, á pájaros.

Lo que resultaba de todos sus deseos de aprender, era que, en vez de fijarse en lo que con lenguaje mudo expresaban las letras, salía sabiéndose al dedillo cuántos gorriones habían llegado con un tarugo de pan en el pico, cuántas plumas se habían caído de los nidos, las veces que las rachas de viento arrancaron del bronce la vibración imperceptible de sus sonos, y los hombres que habían desfilado por las lomas yendo en busca de sus quehaceres.

Cuando pasaba requisa á todo esto, cogía los cordeles de las campanas y les hacía deslizar hasta la planta baja de la iglesia sus ondulaciones, complaciéndose en oír el medroso chasqueamiento de sus nudos; y cuando se hartaba de tener la vista clavada en los cordeles, se echaba por una tronera al tejado, y veía tendidos en los caballetes á los gatos recibiendo los rayos del sol y con los ojos entornados, contemplaba lo extraño de las chimeneas, que tomaba por seres de formas raras; seguía con mirada vaga el recto chorro de humo, como un pilar azul, hasta que las ondas se desvanecían en la atmósfera; y alargaba

la vista, como reflejos que salen de una luz, hasta internarla en las vagas profundidades del paisaje.

Sobre todo, á lo que tenía particular predilección el monaguillo, era á montarse, como en un bridón de bronce, en la campana, y, aferrado á ella, trazar sus mismas vueltas en el aire y ver bajo de su cabeza los abismos.

En los días de vísperas sentía sacudidas de epiléptico, motivadas por intensa alegría cuando llegaba el momento de que el sacristán hiciera voltear el cáliz de bronce y él se agarrara á la *corona ducal* de la campana para trazar círculos tremendos en el aire.

No hubo de tardar en que Juanillo pudiera disfrutar del mayor de sus goces, porque á todo correr trajo el tiempo el día de un santo de los señalados en el almanaque con signo de fiesta, y subió, como siempre, al campanario, acompañado del sacristán.

La gente se apiñaba en la plaza extendida al pie de la torre, como que aquel



El gato prudente y el gato torpe

se daba de mano en el trabajo; y un hervidero de colmena, más intenso y más hondo, subía hasta la elevada cúpula, donde, antes de hacer girar la campana, liaban los *repicadores* la gruesa maroma al cepo, para luego tirar de ella como de la guita del trompo, y hacer dar vueltas y mover la lengua al instrumento.

Acostumbrada á las diabluras del muchacho, la gente esperaba con ansia verlo salir de la enorme tronera agarrado fuertemente como murciélago á la piedra, para aplaudir una vez más el arrojo y la agilidad del muchacho.

Dieron los primeros preludios del repique las demás campanas, primero como un susurro sonoro de auras y fuertes luego, subiendo en progresión como el *crescendo* de una sinfonía; y por último, el loco instrumento, al que iba el monaguillo aferrado, sacó el cáliz sonoro de la negra tronera de la torre, vióse al rapaz luego, como hormiga que corre por la madera, quedar suspendido sobre el abismo, salió de nuevo el cáliz, dejando caer el terrible pisotazo en los bordes de bronce, tornó á aparecer el muchacho, y á poco, con tal

rapidez giraba la campana, que no acertaba á distinguirse, desde la plaza cuándo se cernía sobre el abismo el borde sonoro, y cuándo lo atravesaba el muchacho.

Una explosión de júbilo estalló en toda la gente al ver el prodigio del paz, entregado por gusto á un juego tan arriesgado.

Pero alguien que sintiera hondamente el peligro, hubo de avisar á la madre, y entonces acudió ésta, presa de mortal angustia, viendo á su hijo entregado á la muerte, allá por donde agitaban su vuelo las águilas.

Gritó, extendió instintivamente los brazos como queriendo descolgarle de las alturas, dió voces horribles; y, cuando creía que su voz había llegado hasta el oído del hijo, éste, despedido trágicamente por el instrumento, que lo lanzó á veinte metros de sí, trazó en el espacio, con vuelo vertiginoso, los mismos giros que diera agarrado á la madera, exhaló como un ahogado grito de angustia sobre el espeso hervidero de la gente, y con espanto de todos fue estrellarse sobre las duras pizarras de la plaza. Su afán temerario le había arrojado hasta el abismo y le había proporcionado su muerte.

**

Perdida casi la violencia de la campana durante la marcha del infeliz muchacho por el aire, aun le quedó fuerza, después de muerto éste, para dejar caer una vez sola el pesado mazo sobre el borde, y exhalar el doble de peso con que el muchacho mismo anunciaba á las espantadas gentes su desgracia.

S. RUEDA

Madrid, febrero 1888.





El primer cumpleaños

AMOR FILIAL

ECHAR trazos y líneas, dibujar barcos (sobre todo barcos), y toda suerte de objetos fáciles de diseñar, es una de las aficiones más características de los niños, é indudablemente debe ser la preferida por la gran mayoría de lectores del CAMARADA. Así se empieza; y, si no todos acabáis por ser pintores, á lo menos, teniendo gusto y afición á tan bella como noble arte, podréis distinguir lo bueno de lo malo, apreciando con verdadero conocimiento y en todo su valor las numerosas joyas pictóricas que atesoran nuestros museos.

Cuando esto suceda, en el catálogo de los grandes maestros de la pintura encontraréis el nombre de *Pietro della Francesca*, pintor italiano del siglo XV y el primero que ensayó la pintura de perspectiva, con éxito verdaderamente feliz.

Pietro Borghese (tal era su verdadero nombre) era hijo de una ilustrada dama, llamada *Francesca*, que envinó siendo *Pietro* muy niño. La amorosa madre, al ver huérfano á su hijo, se consagró por entero á sus cuidados y á su educación: ella estudiaba sus aficiones, analizaba sus cualidades, y con admirable acierto le inducía á los estudios que mejor cuadraban á sus naturales disposiciones. *Pietro* reveló grandes aptitudes para las matemáticas, y en cuasi niño cuando se le consideraba una notabilidad en tan difíciles estudios. La pintura, sin embargo, era su estudio predilecto; y á los quince años había conquistado ya envidiable reputación como pintor. El fué el primer artista que decoró el Vaticano, inaugurando con su paleta esa serie de maravillosas pinturas que se admiran en el más grandioso de los palacios romanos. La mayor parte de sus obras fueron reemplazadas más tarde por frescos de Rafael, pero las que todavía se conservan revelan la extraordinaria habilidad del autor, ya que en una época en que las bellas artes estaban en su nacimiento y se carecía, en su consecuencia, del modelo de grandes maestros que establecieron, *Pietro* consiguió dar verdadera originalidad á sus obras, y legar á la posteridad cuadros que han sido juzgados como verdaderas joyas del arte.

Pietro tenía dos cultos que absorbían todo el entusiasmo de su hermosa alma y toda la ternura de su corazón: amaba al arte y amaba á su madre; esas dos nobles afecciones las encerró en una sola religión. Unió el nombre de su madre á todas sus obras; y el deseo de legarlo á la posteridad, glorioso y esclarecido, volvía prodigioso á su paleta y avivaba más y más su decidida vocación. Desde el momento en que hubo conquistado legítima notoriedad, *Pietro Borghese* sustituyó su apellido paterno por el nombre de pila de su madre adorada; y *Pietro della Francesca* ha sido el nombre que, rodeado por el dorado nimbo con que la fama ilumina á los nombres ilustres, ha llegado á nuestros días, y con los mismos esplendores iluminará á las futuras generaciones.

La noble ambición del pintor italiano se realizó cual deseaba. Apoyado en la más pura de las afecciones, el éxito no podía negarle su favor. ¡Amor á su madre sobre todas las cosas! ¿Qué otro afecto más grande podía inspirarle? ¿Qué otro sentimiento podía moverle con fuerza más poderosa que el amor filial para ambicionar y conseguir la inmortalidad? Ningún otro, ciertamente. Por eso le bastó escudarse en él para conquistar la celebridad que conquistó y legar su nombre al catálogo de los grandes pintores que han ilustrado la brillante historia del arte.

TRINIDAD DE LA ROSA

LA AMBICION



EPÍN no come: devora. Unas veces almuerza con su padre y otras con su madre, porque en aquella casa reina el desbarajuste más absoluto y no hay orden ni medida para las funciones del hogar.

Empuña el tenedor como un cetro; golpea con él groseramente el plato, pidiendo á voces la comida; extiende la otra manecita, abierta, á todas partes, en direcciones vagas; todo lo quisiera coger con aquellos dedos, y tragarlo de una vez; tiene las manos ocupadas en su ración y los ojos puestos en la ajena.

Hay momentos en que quisiera tener más hambre para devorar más.

Hijo de un político ambicioso y de una literata desmedida, es el pobre Pepín resumen y concentración de todas las ambiciones paternas: le dieron por herencia este espíritu, como pudieran haberle dado un humor herpético.

Estos defectos saben aminorarlos y corregirlos los padres prudentes; pero los de Pepín dejan al pobre muchacho en poder de amas y criados, y el niño siente crecer sus instintos, sin que los limite la autoridad paternal que debe refrenarlos.

Un día, saliendo por el campo á paseo con la criada, vió Pepín los pájaros que volaban libremente: cerró el puño, lloró, gritó, les amenazó con rabia, y al llegar á su casa metió la mano en la jaula y ahogó al canario.

—Lo que es tú no te escapas,—dijo.

Después volvió á llorar porque no pudo devolverle la vida. Metió el cadáver plumoso en la jaula, y dijo sonriendo:

—Mañana cantará.

Al otro día se acercó Pepín á la tumba de su víctima, y le dijo encolezado:

—Canta... canta... Si no cantas te arrojo á la calle...

El pájaro muerto fué á parar al arroyo. Allí quedó frío, inmóvil; y hasta un gato, después de olerlo, no lo quiso comer.

La gran monomanía de Pepín es el perro que tiene el portero: aquel animal robusto y enorme le causa repugnancia y desdén.

La verdadera causa de aquel odio es la siguiente:

Acababa Pepín de almorzar y se asomó á una ventana que da al patio de su casa. Estaba el patio inundado de luz, los rayos del sol caían oblicuos sobre el suelo, y el poderoso *Tulo*, el perro gigante, estaba tendido á la sombra, reclinando sus anchas fauces sobre sus patas groseras.

—Ven, ven; *Tulo*,—dijo el muchacho.

Tulo no se movía.

—Toma, ven, te doy pan,—replicó Pepín, muy satisfecho de su generosidad y muy deseoso de ser obedecido.

El perro, inalterable, le miraba con cierta indiferencia olímpica, sin dignarse levantar la huesuda cabeza.

Y Pepín, irritado, le arrojó el pan desde la ventana.

El perro no se movió: había comido bien, y estaba satisfecho y perezoso.

Pepín apretó los puños, miró al perro fijamente, y bajó á la calle. Después subía el muchacho con buena provisión de piedras, algunas de ellas de gran tamaño. Comenzó á arrojar aquellos proyectiles sobre el perro; pero con tal desgracia que ninguno dió sobre el animal.

Pepín le miraba con ojos desesperados, con rencor, con ira verdadera. Después de media hora de calma, *Tulo* se levantó despacio, se desperezó alargando las patas y arqueando la tripa, que rozó el suelo; y sin dignarse mirar á la ventana, salió lenta, grave y majestuosamente, como un rey por la puerta de su alcázar.

Aquel desprecio *perruno* nunca lo perdonó Pepín.

Si tuviera valor para ello le apalearía: así, se contenta con escupirle desde la ventana, y le arroja agua y todo lo que tiene á mano. El pobre *Tulo* lo recibe con una resignación seráfica.

Una noche se empeñó Pepín en coger la luna con las manos.

—Yo quiero la luna: que me la traigan.

Los criados se reían de su inocencia.

—Yo quiero la luna; yo quiero la luna,—dijo. Y comenzó á patear y á gritos.

—Está muy alta, hombre,—le respondió la criada;—no podemos ir por ella.

—Que la traigan.

—No puede ser: está en el cielo, donde ha ido el canario que tú matas.

Aquella frase le hizo reflexionar, ó por lo menos le produjo impresión. ¡El cielo! ¡El pajarito muerto! ¿Qué sería aquello?...

La noche siguiente salió el muchacho al jardín, y vió que la luna se reflejaba en el estanque.

—Me lo han traído; pero está ahí, en el agua... ¿Tendrá el canario dentro?

El astro de la noche hacía su curso por el cielo, y su imagen se iba corriendo hacia una de las orrillas del lago.

Pepín quiso extender la mano, perdió el equilibrio y cayó en el fondo. El miedo de la muerte le asaltó el corazón. Quiso llamar á su madre, y una bofetada de agua le cerró la boca. Entonces sintió que le cogían cuidadosamente y que le sacaban á la superficie.

—Será mi papá,—pensó el niño.

Era *Tulo*, el perro apedreado.

RAFAEL TORROMÉ





Los besos de la madre

—NUESTROS GRABADOS—

EL GATO PRUDENTE Y EL GATO TORPE

Zapirón, gato prudente y precavido, vió una lata de conservas casi vacía debajo de la mesa. Acercóse á ella, introdujo una pata, y, pasándola alrededor del fondo y de las paredes, sacó los restos que contenía y cenó así opíparamente. Otro gato, Micifuf, menos práctico y experto, encontró cierto día otra lata junto á la puerta de su amo, arrojada, sin duda, por éste; y, sin mirar si contenía algo, introdujo en el interior la cabeza, creyendo, sin duda, encontrar allí lo suficiente para cenar bien; pero, cuando quiso sacarla al ver que sólo había algunos restos insignificantes, no le fué posible por ser el agujero demasiado pequeño. Can-

sado, al fin, de forcejear, permaneció inmóvil; hasta que un hombre que pasaba por allí, compadecido del animal, retiró la lata y dejó libre á Micifuf, bien escarmentado por su aturdimiento, y aleccionado para no proceder otra vez con tanta imprudencia.



La caja del arlequín

EL PRIMER CUMPLEAÑOS

Hoy es el primer cumpleaños de mi querido niño. Desde que vino al mundo han pasado ya doce meses con sus cambiantes horas, con sus días de brillante sol ó de pesada lluvia, con sus nieves y sus fríos, con sus alegrías y pesares. Y, ¿qué ha traído el tiempo para el niño adorado? Una sonrisa más graciosa, una mirada más expresiva, y siempre nuevos encantos. ¡Pasad, años, pasad fugaces, y permita Aquel que rige

nuestros destinos que todos traigan nuevos dones para el tierno infante que es la alegría de mi existencia!

LOS BESOS DE LA MADRE

Los besos de la mamá en los sonrosados labios de la niña, son dulces como la miel. Cuando los imprime en sus brillantes ojos, ó en sus diminutas manos, ó en su sedoso cabello, ó en sus frescas mejillas, son suaves como la violeta

cuando la cubre el rocío de la mañana. La buena madre es feliz cuando acaricia á su niña, y en los besos de que la cubre continuamente, quisiera comunicarle su aliento y su vida.

LA CAJA DEL ARLEQUÍN

Cuando Roberto tenía tres años, era sumamente travieso; tanto, que se le debía vigilar continuamente para que no hiciese alguna diablura.

Tenía la costumbre de encaramarse en la despensa para ver si encontraba alguna golosina; y si dejaban la puerta abierta, escapábase á la calle. Cierta día salió de casa solo para ir á buscar á su papá. Un agente de policía, viéndole perdido, le condujo al depósito, y allí le encontró su padre comiendo la sopa de los pobres.

—Eres muy malo,—le dijo su madre.—¿No te repugnaba aquella sopa?

—Era muy buena,—contestó Roberto,—y la como de la mejor gana.

El recreo favorito del niño era abrir los cajones de la mesa de labor y sacar los ovillos de hilo y de seda, con los cuales jugaba en compañía del gato. Cierta día la mamá los encontró todos en el suelo, y castigó ligeramente á Roberto; pero éste lo olvidaba pronto y persistía en sus mañas.

Entre los regalos que hacían al niño el día de Navidad, había una de esas cajas de las que sale un monigote apenas se abren. La del niño representaba un arlequín; y este juguete asustaba tanto á la traviesa criatura, que la hacía llorar y gritar. Para quitar á su hijo la costumbre de enredar la máquina de coser, su mamá puso en ella la caja del arlequín, y desde entonces Roberto se guardó muy bien de tocarla.

EL VENDEDOR DE YERBA

Los indios y negros de los países cálidos están acostumbrados á llevar, de un punto á otro, pesadas cargas. Por este medio adquieren mucha fuerza y vigor, y suelen sostenerlas que á un hombre blanco apenas le sería dado resistir; y no sólo se cargan los objetos á la espalda, sino que también los llevan á la cabeza. Cuando yo viajaba por la India Occidental, los negros trasportaban mis baúles de este modo á largas distancias, lo cual no les impedía andar con bastante ligereza, sin servirse de las manos para sujetar los objetos que conducen. Cuando van al mercado, colocan la cesta sobre su cabeza y la llevan con la mayor soltura, moviendo los brazos en libertad. Aunque se trate de llevar sólo un objeto pequeño como una manzana ó una naranja, se sirven de este medio: tanta es la fuerza de esta costumbre, á la cual deben tener robusto cuello y anchos hombros.

Los indios, aunque también pueden llevar considerable peso sobre la cabeza, prefieren, por regla general, cargárselo á la espalda, como se hace en México, donde los naturales acostumbran á sujetar con una correa su carga, cifándose aquélla alrededor de la frente. De esta manera recorren considerables distancias, sin quejarse nunca de cansancio.

Al sud de los Estados Unidos hay un país llamado Yucatán, que penetra en el golfo de México y se halla situado cerca de Cuba. Allí se ocupan hombres y mujeres como si fuesen bestias de carga. Se les ve por los caminos, de noche; y á veces encuéntranse centenares de individuos que van al mercado y que para llegar á éste han de franquear una distancia de cuarenta millas; de modo que, saliendo de sus casas al amanecer, llegan á la ciudad el día siguiente. Siempre viajan de noche, porque el sol es abrasador durante el día; y no solamente los hombres, sino también las mujeres, niños y niñas, llevan siempre su carga.

Como allí se recoge poco grano, y sólo se aprovecha el trigo para el alimento, la yerba y el heno se ha de llevar á la ciudad desde grandes distancias. Los portadores van casi ocultos con su carga por la mucha que llevan, de modo que apenas se les ve más que los pies. Hasta los niños de diez años se ocupan en ese trabajo; y, vistos desde lejos, parecen grandes masas de heno ó de yerba que se mueven por sí solas. Algunos de estos niños van desnudos de medio cuerpo, y otros llevan sólo una chaquetilla de algodón. Ninguno usa medias, pero varios de ellos se protegen los pies con sandalias sujetas con una cuerda.

Como que han de trabajar tanto, esos niños y niñas no tienen apenas tiempo para ir á la escuela, y así es que los más aprenden muy poco; pero muy contados son los que no saben contar y leer regularmente. Generalmente tienen dos cualidades muy buenas: la honradez y la limpieza. Sus camisas pueden ser ordinarias, pero siempre están muy blancas. Diríase que esa juventud quiere demostrar, por su conducta, que proviene de un gran pueblo.



La caja del arlequín

A decir verdad, los hombres instruidos aseguran que el de Yucatán fué en otro tiempo más sabio de América. Construyó templos y palacios cuyas ruinas cubren hoy grandes espacios de terreno; nadie sabe cuántos se edificaron, pero reconócese que debían ser grandiosos y magníficos.

EL TAMBOR DE SERAFÍN

Una tarde el simpático Serafin volvió á su casa con el rostro muy compungido porque Carlitos, uno de sus compañeros de escuela, había recibido un tambor como regalo. Serafin quería uno también; y era tan vivo su deseo, que no pensó en otra cosa durante toda la ma-



El vendedor de yerba

che. Al fin su abuela comenzó á temer que el niño estuviera enfermo, y preguntóle qué tenía.

—Es que yo quisiera un tambor, — contestó Serafin; — pero ya sé que mi papá no puede comprarlo.

—Tal vez me sea posible proporcionarte uno, — dijo la abuela.

—¡Oh, cómo me alegraría! — repuso el muchacho. — Ya sé que V. sabe hacer muchas cosas, pero no creo que le fueran posible construir un tambor.

—Ya veremos, — replicó la buena mujer. Creo que no será difícil darte, por lo menos, alguna cosa que haga ruido, aunque no sea un verdadero tambor.

El día siguiente, mientras que Serafin estaba en el colegio, su abuela se ocupó en hacer un tambor. Habiendo encontrado una caja de madera de poco peso, aunque muy fuerte, sujetó alrededor unas correas y tiras de paño, fijando una en los lados para que se pudiese colgar la caja; después cubrió la parte superior con un pedazo de cuero, y arregló dos palos que podían servir de palillos.

Cuando Serafin volvió á casa y vió lo que su abuela había hecho, manifestó su satisfacción con exclamaciones de alegría.

—¡Pues si esto es un verdadero tambor! — gritó el muchacho. — Y seguramente habrá costado muy poco. No creí que pudiera V. hacerlo tan bien, abuelita; y le doy las gracias.

Serafin se colgó el tambor del cuello, y corrió á enseñárselo á sus amiguitos, los cuales convinieron en que, si la caja no era un verdadero tambor, no por esto dejaba de hacer mucho ruido.

El muchacho aseguró que estaba tan contento con su caja como si hubiese costado mucho dinero, y su abuela quedó muy satisfecha.

LA MANO ENSANGRENTADA

La señora Agustina estaba haciendo gelatina de uvas, y su bonita Isabel la miraba atentamente.

De pronto tuvo que salir de la habitación un instante, y dejó en el suelo la cubeta que contenía la pulpa prensada.

A los pocos minutos oyó un grito, y vio á Isabel que corría hacia ella con la mano extendida, como si experimentase un dolor muy agudo.

—¡Mamá, mamá!—exclamaba.—Me he hecho mucho daño.

—¿Cómo ha sido esto, Isabel?—preguntó la mamá.

—Sin duda me he cortado: mire V. la sangre.

—Vamos: no llores, y dime cómo ha pasado. Ahora te lavaré con un poco de agua.

—Toqué con la mano la pulpa, y seguramente había en la cubeta un cuchillo. ¡Oh, cómo me duele!

La señora Agustina no pudo menos de sonreírse, porque reconoció que la tal sangre no era más que el zumo de la uva; y así es que, después de lavar la mano, quedó perfectamente bien.

Isabel se resistía á creer que no hubiese alguna cortadura, y estuvo largo tiempo buscando el sitio en que estaría; pero al fin hubo de convencerse de que sólo el espanto era la causa de su dolor.

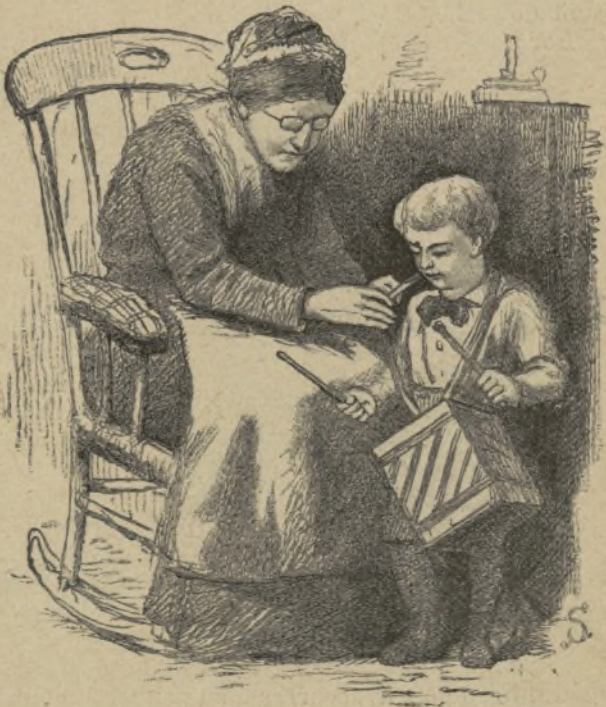
EL NIÑO Y EL PÁJARO

EL NIÑO.—Pajarito, pajarito: ¿por qué te alejas de mí, y vuelas cuando yo deseo que permanezcas á mi lado? Si quisieras venir, yo no te haría nunca daño, y me complacería oírte cantar posado en mi dedo.

EL PÁJARO.—Niño: ya cantaré cuanto quieras entre el ramaje del árbol, pero ruégote que no te acerques á mí, por que tu boca abierta y tus brillantes ojos me infunden pavor.

EL NIÑO.—Yo te amo, precioso pajarillo; y, por lo tanto, no debes temerme. Si quieres venir conmigo, vivirás en una casita de plata, y cada día comerás tanto azúcar como quieras.

EL PÁJARO.—Querido niño: yo tengo mi nido en este árbol, y tres hijuelos que me aguardan. La casita de plata no podría ser tan dulce para mí como el aire libre, y con tu azúcar me moriría de hambre. A mí me gusta el espacio libre, me agrada la luz del sol, pláceme recorrer las espesuras y visitar los árboles que me sirven de vivienda, cuido de mis hijuelos cuando lo necesitan, y, por lo tanto, niño, no me es posible satisfacer tus deseos.



El tambor de Serafin



LA FAMILIA HONRADA

(Continuación)

Aunque orgullosa, no era la Sra. Hungerford nada egoísta; y á pesar del sentimiento que debería experimentar separándose de una persona que le era tan útil, veía con gusto que el Sr. Reynolds pretendiese la mano de Fanny. La joven estaba á su servicio hacía ya dos años, y la buena señora se había en cariñado con ella.

Por aquel tiempo un pariente lejano dejó á cada uno de los cinco niños un



La mano ensangrentada

pequeño legado de diez guineas. Gustavo, aunque abrigase el más vivo deseo de poseer un reloj, fué el primero en proponer que se cediese aquel legado á Fanny, idea que sus hermanas y hermanos aplaudieron, añadiendo por su parte la Sra. Hungerford cincuenta guineas á aquella fortunita.

—Los había puesto á un lado,—dijo ella,—con intención de comprar un espejo para el salón; pero mejor empleadas estarán, mil veces más, en recompensar á quien de tanta utilidad ha sido para mis hijos.

Fanny poseía, pues, doscientas guineas: había recibido ciento del Sr. Folingsby, cincuenta de la señora Hungerford y otro tanto de los hijos de ésta.

Su alegría y gratitud eran extremadas, pues se decía ella que con aquel dinero podría socorrer á su padre, lo cual era la aspiración más ardiente de su corazón; y veía sus deseos tan vivamente compartidos por el Sr. Reynolds, que la joven le sonreía con placer, diciéndole:

—Ahora estoy segura de que me queréis.

—Vamos sin tardanza á ver á vuestro padre,—dijo el Sr. Reynolds.—Permitidme que esté yo presente cuando le entreguéis ese dinero.

—Os lo permito,—dijo Fanny;—pero es preciso que consulte antes á Paulina y á mis hermanos, pues quedó convenido que debemos trasladarnos todos juntos á la casa. El primer día del mes próximo es el cumpleaños de mi padre y con semejante ocasión debemos reunirnos todos. ¡Qué hermoso día será para nosotros!

Pero veamos ahora lo que se ha hecho de Jaime, durante todo este tiempo, en casa de su principal, el Sr. Cleghorn, el mercader de lencería.

Durante los ocho meses que Jaime había pasado en aquella casa nunca había dado á su principal el menor motivo de queja; y tomaban tan á pechos sus intereses, que había acabado por obtener toda su confianza.

No era siempre cosa fácil, sin embargo, entenderse con el Sr. Cleghorn. Aborrecía la lisonja y no podía sufrir se le replicase. Jaime estuvo un día á punto de perder sus buenas gracias, veáse con qué motivo:

Una vez, al anochecer, un hombre de una fisonomía y facha extrañas, de enorme corpulencia, envuelto en un levitón de anchos bolsillos, entró en el almacén en el momento en que Jaime se disponía á cerrar. Púsose de codos sobre el mostrador, delante de Jaime, y miróle descaradamente sin decir palabra. Jaime recogió precipitadamente algunas monedas dispersas por el mostrador. El forastero se sonrió como para dar á comprender que no se había escapado aquella acción á su mirada penetrante. Había en su cara una expre-



El niño y el pájaro

ción de alegría fina y de bellaquería. La alegría parecía afectada, pero la bellaquería era natural.

—¿Qué se os ofrece, señor?—dijo Jaime.

—Una copa de aguardiente y el amo.

—Mi principal no está ahora, señor; y en cuanto á aguardiente, no lo tenemos, pero podréis hallarlo en la taberna de la esquina.

—Paréceme que debo saber mejor que vos donde hallar aguardiente, y mejor que el que nunca hayáis bebido; y si no, que me lleve el diablo. No he de menester vuestro aguardiente. Quería saber si erais buen chico, y nada más.

—No sabéis, pues, quién soy yo?

—No, señor: absolutamente no lo sé.

—¡Cómo! ¿No habéis oído hablar, pues, del almirante Tipsey? ¿De dónde salís? ¿No conocer á este almirante cuya noble barriga vale su peso de oro!—exclamó, dándose en la vasta rotundidad de que se enorgullecía. Dejadme entrar en la trastienda: esperaré á que vuelva vuestro amo.

(Se continuará)

SOLUCIONES Á LOS PROBLEMAS Y EJERCICIOS DEL NÚMERO ANTERIOR

Charada: Diadema. — Rombo: P, Oro, Prado, Oda, O. — Cuadrado: Rata, Atar, Taza, Arar.

+ PROBLEMAS Y EJERCICIOS MENTALES +

◆ CHARADAS ◆

Prima dos blanca,
hay agua en *tercia*,
letra es la *prima*,
y el *todo* vuela.

JAIME GADDA

Dicen que *una dos* *tercera*
mi torpeza singular;
que *cuarta* *tercia* no sé;
que aquella *primera* tal,
que en mis días no podré
una *segunda* ganar;
que soy un *todo* y no sirvo
ni aún para mi *total*.
Prima tres prima la gracia
que en mí suelen encontrar.

LUIS TERRAZA

Hasta *tres una* iría
por ver tu *prima dos*,
que me tiene robado
mi pobre corazón.

TERCIO
DE SÍLABAS

.	.	.
.	.	.
.	.	.

Primera línea vertical
y primer grupo horizon-
tal, nombre de mujer;
2.ª, objeto para viaje;
3.ª, espíritu maligno.

JAIME GADDA

No te muestres esquiva;
muévate mi dolor;
no un *prima tres* y *cuatro*
me des sin compasión.
Si mi suerte *cuatro una*
fuera menos atroz,
y de tu boca oyera
un *el* consolador,
más blando que mi *todo*
me quedaría yo.

EDUARDO CALLEJO

Prima dos el trovador
canta en endechas sentidas,
y la *tercia* un rey la ostenta
en su escudo muy erguida.
Prima cuarta es animal
de blancas plumas muy linda
y es el *todo* una mujer
que me encanta y me fascina

JAIME GADDA

LOGOGRIFO NUMÉRICO

1	2	3	4	5	6	7	8
1	4	5	4	7	6	8	
1	4	3	4	5	8		
5	4	3	1	8			
1	8	7	8				
8	5	8					
5	8						
8							

Sustituir los números por
trazos de manera que, leídas
líneas horizontalmente, resulten:
1.ª, nombre de mujer; 2.ª, ciudad
alemana; 3.ª, en las flores; 4.ª,
ciudad de la provincia de Ma-
laga; 5.ª, medida catalana; 6.ª,
las aves é insectos; 7.ª, nota mu-
sical; 8.ª, vocal.

PRESENTACIÓN CASAS



El niño y el pájaro

+ Las soluciones en el número próximo +

ADVERTENCIA.—Los tres primeros niños que envíen la solución de los problemas recibirán, como obsequio, un regalo; entendiéndose esto para cada número.

ADMINISTRACION: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID. — Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 a 371.—BARCELONA.